

# Historias de la frontera: “La pastora”<sup>1</sup>

Eusebio Medina García  
Universidad de Extremadura.  
emedina@unex.es

## 1.—Contexto de referencia: La vida de posguerra en la frontera de Extremadura con Portugal

Durante la guerra civil española (1936-39) la economía de las comarcas españolas fronterizas de interior, asentada principalmente sobre la explotación de la tierra y la ganadería, se resintió gravemente, entrando en una etapa de regresión y de abandono. Los hombres se marcharon al frente o se exiliaron; pronto empezaron a escasear los alimentos e hicieron presa de la población las calamidades. Antes de finalizar la guerra la gente salía al campo en busca de lo que fuera para comer. Algunos murieron de hambre por los caminos. Durante y después de la guerra, muchos españoles y españolas cruzaron la frontera de Portugal pidiendo pan por los cortijos, por los pueblos y aldeas portuguesas. Esta situación de penuria no afectó a todos por igual. La posición de la gente más humilde empeoró considerablemente respecto de la que habían disfrutado durante la Segunda República. La diferenciación social existente salió reforzada por la Guerra y, tras su finalización, los grupos sociales estaban mucho más distantes. A un lado se situaban los grandes propietarios y los arrendatarios y a otro lado la mayor parte de la población, que dependía en gran medida de las decisiones de una oligarquía privilegiada y cerrada sobre sí misma que aglutinaba también a los nuevos detentadores del poder político y militar. La propiedad privada de la tierra se consagró y se salvaguardaron los privilegios de los poderosos terratenientes, la mayor parte de ellos adeptos incondicionales al régimen, a la vez que se reprimieron duramente las reivindicaciones de los braceros o jornaleros, los cuales sufrieron con dureza las consecuencias devastadoras de la guerra. Sólo unos pocos disfrutaban de una cierta situación de privilegio que les preservaba, no siempre ni del todo, del azote constante del hambre.

---

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación más amplio, denominado “El discurso geopolítico de las fronteras en la construcción socio-política de las identidades nacionales: el caso de la frontera hispano-portuguesa en los siglos XIX y XX”. Dicho proyecto, coordinado por el Dr. Heriberto Cairo Carou (Universidad Complutense de Madrid) ha sido financiado por el gobierno de España en el marco del Plan Nacional de Investigación 2007/08.

La frontera de Portugal constituía una seria barrera para los naturales de la *raya*<sup>2</sup>, tanto por los obstáculos naturales en los que se definía —caso de los ríos fronterizos—, como por los puestos de control y vigilancia desplegados por el territorio. Los que vivían al sur de Badajoz, tenían que atravesar el río Guadiana para pasar a Portugal. Esta barrera natural limitó considerablemente los contactos e intercambios por esta parte de la frontera. Al norte de Badajoz, aunque no había tales barreras naturales o al menos estas no eran tan imponentes, los movimientos de personas y mercancías estaban fiscalizados al máximo por la autoridad, debiendo solicitar los *lu-gareños* permiso para desplazarse por el territorio, para cambiar de residencia, e incluso para asistir a las fiestas de las aldeas situadas en su mismo término municipal. En una y en otra parte, los guardias civiles de fronteras y los *guardinhas* fiscalizaban los tránsitos de personas y mercancías fuera de las aduanas, dejando muchas decisiones al libre albedrío de los jefes de los respectivos puestos. No obstante, y a pesar de la extrema vigilancia, los desplazamientos interfronterizos eran frecuentes y periódicos. Muchas de las incursiones al otro país estaban motivadas por razones familiares, derivadas de los estrechos y numerosos vínculos de sangre entre los habitantes de una y otra parte de la frontera. Otras veces, la frontera constituía un refugio para los perseguidos por la justicia: exiliados, delincuentes y proscritos de uno y otro país. Pero eran sobre todo las actividades ligadas al contrabando tradicional las que incidían de manera más constante y significativa sobre los flujos en la frontera durante la postguerra (Medina, 2003). Después de finalizada la Guerra se reanudó la actividad productiva y la vida siguió girando en torno a los cortijos y a las grandes explotaciones agropecuarias. La gente continuó viviendo del campo y en el campo, de la agricultura, de la ganadería, de la pesca, de la huerta, del carbón, de la caza furtiva, del contrabando... La alta concentración de la propiedad de la tierra favoreció un modelo de gran explotación agroganadera, cuyo centro de referencia lo ocupaba el cortijo, regentado por el señorito o el arrendatario de las tierras. En torno al cortijo giraba constantemente la actividad de un nutrido grupo de personas dedicadas a las labores más diversas: *manijeros*, *yunteros*, pastores, carboneros, etc. Había fincas en las que vivían más de cuarenta familias, con su iglesia particular, donde se oficiaba misa los domingos, y con su propia escuela, donde los hijos de los trabajadores de la finca recibían unas clases rudimentarias. Por aquel entonces —años cuarenta—, la ropa se lavaba en el río o en los arroyos, la gente se alumbraba con candiles y carburos, y en las propias fincas se celebraban fiestas, primeros focos de animación después de la guerra. Las fiestas de los trabajadores solían organizarse cada quince días, cuando se cobraba la quincena. En algunas de estas fincas era costumbre que el señorito, llegada la Navidad, repartiera el aguinaldo entre sus trabajadores; este aguinaldo se entregaba normalmente al

---

<sup>2</sup> Nombre vulgar con el que se conoce a la frontera de España con Portugal desde antiguo.

cabeza de familia y consistía en una bolsa de alimentos que contenía: un kilo de garbanzos, un kilo de tocino, un litro de vino, un litro de aceite, un paquete de tabaco, un corte de pantalón de pana y un sobre con una cantidad de dinero que variaba en función de la categoría del trabajador y de la voluntad del que lo daba; no obstante, esta costumbre de repartir el aguinaldo no era obligatoria ni estaba generalizada, dependía exclusivamente del libre albedrío de los propietarios y en muchas fincas no se daba nada. Hasta bien entrados los años sesenta del pasado siglo, mucha gente de estas comarcas fronterizas vivía en pequeños chozos rudimentarios de bayón o de retama, fabricados por ellos mismos. Estos chozos eran generalmente circulares y algunos podían levantarse con facilidad y trasladarse a otro emplazamiento. Los pastores, los pescadores y los carboneros vivían generalmente en estos chozos. Los chozos de los pescadores y de los pastores solían estar mejor preparados que los de los carboneros; a veces se construían incluso con paredes de pedrizo, aunque los materiales más habituales que formaban parte de su construcción eran horquillas y palos de encina, retamas, varas de adelfas, bayón... Junto al chozo principal, destinado al alojamiento de la familia, solía construirse otro chozo más pequeño, donde se cocinaba y se mantenía encendida la lumbre. Aunque los pastores eran generalmente contratados y dependían del dueño de la finca, a ellos les gustaba denominarse a sí mismos ganaderos. A lo largo del año natural, los pastores, sus familias, sus ganados y sus chozos se desplazaban por el territorio con cierta regularidad. Los chozos por lo general se trasladaban a lomos de las bestias. Esta movilidad estaba motivada por la disponibilidad y estado de los pastos, por la necesidad de estercolar las fincas con los excrementos de los animales, así como por la ubicación de las propiedades o arrendamientos del dueño del ganado, que generalmente no era el pastor. El pastor recibía, además del jornal, la cabaña; ésta consistía en una cierta cantidad de alimentos que le entregaba el amo semanal o mensualmente: media cuartilla de garbanzos, varios litros de aceite, carne pan...; algunos pastores tenían además *la excusa*, una especie de costumbre que les permitía disponer de un número determinado de cabezas de ganado propias, dentro del gran rebaño del propietario, sin tener que pagar los pastos. Los pastores vivían prácticamente incomunicados, en medio del campo y nada más; entre las pocas visitas que recibían estaba la del recovero, cuando venía a comprarles los huevos, o la del contrabandista, en sus travesías esquivas por el diseminado; a los que los pastores y las pastoras, igual que otros habitantes del cortijo, solían hacer encargos variados. Las pastoras solían acompañar a sus maridos y vivían en las mismas fincas. Las condiciones de vida de aquellas familias de pastores eran pésimas. Mientras que los pastores se ocupaban del ganado, las pastoras cuidaban de los hijos, preparaban la comida, lavaban la ropa, iban a buscar el agua a las fuentes y muchas veces daban a luz solas, en los chozos, sin ningún tipo de asistencia médica.

El relato biográfico que presentamos a continuación narra con frescura, en su contexto y en primera persona la historia de una mujer, esposa de un pastor, que vivió gran parte de su vida en las dehesas fronterizas de Extremadura con Portugal. En él se refleja mucho más que la dureza de una vida errante y en contacto con la naturaleza. Se dibuja un singular contexto con múltiples referencias a la frontera, una rígida estructura social de carácter estamental y militar, un mundo rural diseminado y articulado en torno a los cortijos; se vislumbran igualmente relaciones de poder asentadas en la propiedad, en el desempeño de roles, en la desigualdad e incluso en la diferencia de estatus dentro del mismo género. Se aprecian igualmente valores y sentimientos configuradores de una moral que defiende con tesón determinadas parcelas de la intimidad; una intimidad que no puede ser más que propia, personal, porque aunque ella no lo sepa, en el fondo, nuestra protagonista está completamente sola frente a un mundo externo hostil y despiadado, conformando su relato un testimonio vital tan impresionante como doloroso.

## **2.—Algunas notas metodológicas**

Este relato de vida sobre una pastora extremeña forma parte de una investigación más amplia sobre la vida tradicional en la frontera hispano-lusa. Dicha investigación utiliza a los relatos biográficos como la fuente principal para la reflexión. El Método Biográfico constituye una de las más importantes aportaciones epistemológicas de las ciencias sociales y constituye nuestro principal instrumento metodológico. Este método ha sido utilizado desde hace bastante tiempo en el estudio de unidades sociales amplias, siendo probablemente la obra *Crashing Thunder*, de Paul Radin (1926) el punto de arranque de los estudios antropológicos basados en esta perspectiva (Marinas y Santamaría, 1993:86). A pesar de sus detractores (Blumer, 1939) este método nos parece muy apropiado para la realización de estudios sobre hechos sociales complejos, porque nos permite adentrarnos en profundidad y desde el principio, en el sistema de relaciones sociales y en el universo simbólico de la cultura, donde convergen las acciones y las actitudes de los individuos con el conjunto de normas y valores de una comunidad, en un momento histórico determinado, accediendo, casi de inmediato, al nudo de interrelaciones que se tejen entre el individuo y su entorno y entreviendo la manera cómo se insertan las historias individuales en procesos sociales más amplios que las trascienden. Este método nos ayuda, además, a conciliar la observación y la reflexión, incluyendo la propia reflexión epistemológica (Arjona y Garrido, 1998; Blumer, 1939; Díaz y Fernández, 1997; Fraser, 1979; Marinas y Santamaría, 1993; Sanabria y Zarco, 1997), dando respuesta a casi todas nuestras preguntas. Los trabajos de N. K. Denzin sobre la industria licorera de los EE.UU. durante el período de la Ley Seca (Denzin, 1993), así como los de Paul Thompson sobre Historias de Vida en el análisis del

cambio social (Thompson,1993), constituyen modelos de referencia para nuestra investigación. A nivel práctico, hemos aprovechado varias de las sugerentes recomendaciones de Ronal Fraser para realizar entrevistas semiestructuradas y observación participante (ver referencias bibliográficas).

### **3.—Contenido del relato**

“Yo soy nacida, bautizada y criada en Alhacena<sup>3</sup>. Me casé con diecinueve años y ya tenía el cuerpo que tengo hoy. Tenía unos colores que parecía que me estaban dando guantadas en la cara. Siempre he sido igual, gracias a dios, como mi madre. Si la hubiera usted visto. Era una mujerona que no cabía a entrar por esa puerta.

He tenido catorce hijos, un aborto y se me murió una niña con cuatro meses. Tengo 19 nietos y tres biznietos. Yo no sé ni la edad de mis hijos y tengo que cogermé muchas veces el Libro Familiar. A ese (señala una imagen en una foto de familia) lo tuve yo sola; nació en el chozo, solita conmigo. Este también nació en la finca, en el mismo chozo; un chozo de bayón muy bien hecho, como si fuera una habitación. A éste le tuve en mi casa, en Alhacena, con la comadrona. A éste que está de comunión y aquel que está de comunión los tuve en Badajoz, en la Residencia, y a esta niña que es la más chica que tengo, también la tuve en la Residencia.

Fui la mujer de un pastor, muchos años. Yo vivía en la casa de mi madre cuando me casé; luego me fui a la Tejonera que está por la carretera de Vilaflor. Ahí estuvo mi marido de ganadero más de once años. Me fui con dos muchachos, un perro, un gato y una silla para sentarme, un plato, un puchero, las cucharas y una sartén para hacer la comida. Del plato grande comíamos todos y en el plato chico le daba de comer al chiquinino.

Tenía el chozo de las camas, para dormir, y el chozo de la lumbre, más allá, para la lumbre. Por allí pasaba el recovero con una bestia. El recovero recogía huevos y a cuenta de los huevos nos dejaba jabón, arroz, garbanzos, azúcar, ropa, tela. Yo le cogía telas..., lo que llevara. La vida era fatal, no se puede hacer usted una idea de cómo era la vida aquella. Hambre nunca pasé gracias a dios, ni mis hijos ni nosotros pasamos hambre; lo que no había era mucha ropa para ponerse. Tenía que acostar a los muchachos después de que comían para lavarles los trapos y se los secaba a la lumbre para ponérselos después. Había *un recambio*<sup>4</sup> pero estaba guardado por si surgía cualquier cosa de momento. Tenía lo justo como el otro que dice y una mudita ahí colgada, por si se ponían malitos y tenía que lle-

---

<sup>3</sup> Todos los nombres propios de los lugares y de las personas que aparecen en el texto son ficticios, con el fin de preservar el anonimato de nuestra protagonista, tal como fue su deseo. La demás información que aparece es real y está contrastada.

<sup>4</sup> Una muda de ropa interior.

varlos a un médico, llevarlos decentes, porque así como va la gente de presentada así es mirada.

Yo no traje a mis hijos a *la pelada*<sup>5</sup> nunca; mientras fueron chicos, nunca. Los pelaba yo, les metía la tijera por aquí se la sacaba por allí y ¡hala! El capataz y los hombres que trabajaban allí llegaban muchas veces al chozo y decían:

—*¿Pero qué le has hecho al muchacho? ¡Parece que has jugado a los peñascazos<sup>6</sup> con él!*

—*¡Tu déjalo que está muy bien así! La mala pelada a los tres días igualada.*

Después [mi marido] me llevó para las Barreras. Desde Alhacena eran cuatro horas de camino para acá y cuatro horas para allá; en una burra. El capataz era *el manijero*<sup>7</sup> de los hombres. Había un mozo que venía a buscar *la cabaña*<sup>8</sup> a Alhacena. Luego le metió de ayuda a mi hijo el mayor. Tenía siete años, ocho quizás no tuviera. Lo entró el patrón. Le pidió mi marido una ayuda y le dijo el amo:

—*Déjalo que ya lo pensaré. A la próxima (le dijo):*

—*Mira que ya lo he pensado. Entra a tu niño de ayuda.*

—*¿Pero cómo quiere que entre a mi hijo de ayuda si tiene siete años u ocho?*

—*Sólo con que le pongas a la linde de Las Eras para que no pasen las ovejas para allá...de sobra.*

Y donde no llega el niño llega la madre. Así que donde no llegaba el niño pues tenía que llegar yo: a mudar los corrales de las cancillas a mis espaldas, a acarrear los borregos cuando parían las ovejas, a todas esas cosas, porque como el crio era chico, pues no podía. Le daban lo mismo que al padre; en dinero no, en dinero [le daban] mucho menos; pero le daba la misma cabaña que le daba al padre; y por eso fue que tuve que otorgar yo a lo que dijo el amo.

A mi nunca nadie me ofendió y anduve mucho de noche, por ese camino de las Barreras. Salía por la mañana para el pueblo, con una burra que andaba poco, y llegaba a las once u once y pico a Alhacena. En tiempo de invierno salía a las cinco de la tarde de Alhacena camino de las Barreras y llegaba de noche oscura. Antes de eso venía andando, no tenía bestia; tenía que venir andando hasta Alhacena. Empezaba a llover y llegaba al chozo chorreando. Hasta que me hice de una burra que me costó en aquel tiempo mil pesetas. La burra era vieja y el dueño le dijo a mi marido:

—*Échale el caballo que esta pare del caballo.*

---

<sup>5</sup> A cortarles el pelo en la peluquería.

<sup>6</sup> Darse con piedras en la cabeza.

<sup>7</sup> El capataz encargado de organizar las labores agrícolas dentro de la finca.

<sup>8</sup> Pago en especie, adicional al jornal, consistente en diversos alimentos: aceite, garbanzos, pan... que se daba a los pastores para su mantenimiento y el de su familia.

Y me parió una mula; luego, a los cuatro o seis meses me dieron siete u ocho mil pesetas por la mula y me compré una burra mejor y ya me remedí. Pero para juntar las mil pesetas aquellas... Ya le digo. Gracias a Dios y en buena hora lo diga nunca hubo una persona que me faltara. Nunca.

Iba a comprar para llevar para el chozo; a comprar comida, lo que hacía falta. Eso lo hacía cuando se cobraba. Unas veces al mes y otras a los dos meses, dependía de la falta que hiciera. Me levantaba temprano, les hacía la comida, garbanzos o lo que fuera y cuando el padre se marchaba con las ovejas, cogía los cerillos, apagaba la lumbre y si tenían frío que se metieran en la cama. Se quedaban solitos en el chozo. La mayor quedaba a cargo de ellos. [La hija mayor] tenía nueve o diez años ¡Pobrecitos! No es como hoy que tienen chucherías a *tira pellejo*<sup>9</sup>. Estaban esperando que llegara, Yo les llevaba una peseta de confites chiquininos. Era lo que se podía comprar. Llevaba un puñado grande para poderles dar tres o cuatro a cada uno.

Yo *no estaba tentis*<sup>10</sup> allí tampoco. A lo mejor estaba allí tres o cuatro meses y luego me mudaba para La Tejonera o para Los Berrocales. En Los Berrocales compraba las yerbas el tío [el amo]; alquilaba los pastos para comer *los bichos*<sup>11</sup>. Así que de La Tejonera a Las Barreras, de las Barreras a Los Berrocales, de Los Berrocales a Los Tejares y otra vez a La Tejonera. Así andábamos; por temporadas. Hasta que le dijo una vez mi marido [al amo]:

—*Pero ¿cómo quiere usted que ande con los bichos en un carro chico que me pone, con cacharros, de mudanza cada semana? Yo no me llevo a la mujer si es por una semana.*

Y se tiró mi marido un mes solito en Los Tejares y yo solita en el chozo, en La Tejonera, con tres muchachos.

Cuando fui a Valdelamuera, el tío Ángel y el José iban a pescar pero de tarde en tarde. No paraban allí. Estaban a lo mejor un par de días y se marchaban. Iban, pescaban y con la misma cogían la pesca, agilaban para Alhacena y luego ya, cuando les parecía, volvían otra vez, y así andaban. El tío Ángel y el José vivían en chozos; cada uno en el suyo. Los chozos eran muy largos. Los pescadores estaban del cortijo para abajo, enfrente del molino, allí estaban; pero no me acuerdo de verlos mucho porque yo siempre tenía *uno de pecho*<sup>12</sup> y *tiraba poco para los lados*<sup>13</sup>.

En el molino vivía gente. Vivían bien. Aquella gente vivían de lo de ellos. No estaban al mando de nadie. Vivían por su cuenta. El molinero tenía tierra y sembraba. Tenían bichos y tenían de todo. La molinera se llamaba María y el marido Lázaro, la hija era María y el hijo

---

<sup>9</sup> Golosinas en cantidad. Todas las que quieren.

<sup>10</sup> No estaba sedentaria. En un lugar fijo.

<sup>11</sup> Se refiere al ganado; a las ovejas.

<sup>12</sup> Estaba amamantando a un hijo.

<sup>13</sup> No estaba para visitas.

Lorenzo. Allí iba mucha gente a buscar harina. Mi hijo éste [señala una figura de la foto de familia] se crió con harina de ese molino. Yo iba allí a buscar la harina. Me la pasaba por la *pinera*<sup>14</sup> más finita. Me daba la flor de la harina.

Los carabineros estaban en el puesto, con gorra de plato. El puesto de los carabineros estaba arriba y luego, bajando una cuesta, donde estaba una fuente, estaba el dueño del cortijo, vivía allí con la familia. Cuando estaba yo al pie de *la mancha*<sup>15</sup> iba a esa fuente con un cántaro al cuadril y un cubo al lado a acarrear agua para beber, porque luego para lavar dondequiera que hubiera un arroyo lavaba; ponía *el panero*<sup>16</sup> y lavaba en el panero.

También teníamos relaciones con el puesto de carabineros: Iba muchas veces a encargarle cosas que me hacían falta al señor Andrés. Él me las traía. Yo le daba una propina y ya está. Al señor Andrés el Pielerero. El día de la patrona de los carabineros, el pobre de mi marido les mataba un borrego y estaba en la comilona con ellos...Teníamos amistad pero yo visitaba poco el lugar de la gente. La mujer del cabo me llamó y fui a limpiarle la casa por no decirle que no; pero yo no podía porque tenía una carga muy grande. Tenía los muchachos chicos y no podía dejarlos solos porque dondequiera prendían fuego y la desgracia sería de miedo. No podía. [Pero lo hacía] por culpa de mi marido: “que si no tenemos queja de ellos y ve y ve...”. Fui dos veces a limpiarle la casa.

Yo conocía al comandante del puesto de los guardiñas, el cabo Contador le llamaban. El que vivía mejor era el cabo, porque los demás estaban todos solteros. Tenía allí a su mujer y su hijo. Y los carabineros también vivían bien. Vivían en una caseta; había también algunos solteros pero pocos; ahí eran casi todos casados. La mujer del cabo de los guardiñas tenía una tía en Alhacena. También le lavé la ropa a la mujer del cabo. Tenía una viejita que le lavaba la ropa pero no le gustaba como la lavaba y yo como tenía confianza con ellos, pues le dije:

—*Mire usted, yo la temporada que esté aquí [le lavo la ropa]; porque si me marchó yo no voy a venir de La Tejonera a buscarle la ropa y a traérsela.*

—*¡Ah! Bueno. Siquiera la temporada que está usted aquí.*

Me pagaba, me daba jabón, me daba todo y ... todavía fui una vez a lavarle la ropa al puesto. Vine una vez desde La Tejonera pero luego nunca más. Eso no podía ser. Yo tenía mucha gente a mi cargo y venir de tan largo a lavar la ropa, luego marcharme y llegar de noche oscuro al chozo... Los hijos abandonados todo el día. Se lo dije:

—*¡Eso no puede ser!*

---

<sup>14</sup> Cedazo.

<sup>15</sup> Monte bajo.

<sup>16</sup> Plancha estriada, generalmente de madera, que servía para lavar la ropa.



Si eran buenos se llevaba bien, pero si a alguno le daba por fastidiar eso ya no era lo mismo. Si les daba la gana no nos dejaban pasar. Hoy viene la gente portuguesa a España como si vinieran a su casa, pero antiguamente no, antiguamente venían al puesto y le pedían al cabo de los carabineros a ver si les dejaban pasar para venir a Alhacena. Si les decía que no, no podían pasar. Si pasaban era a escondidas y si los atrapaban ya sabes lo que te podía pasar. El del pelo blanco, ese estaba en Valdelamuela. Era el cabo de los carabineros. Era muy malo ¡Bufh! No me dejaba pasar ni a mí ni a nadie. Por San Mateo íbamos todos los años a la Feria de Barrancos. Mi madre tenía familia en Barrancos y [yo] tengo [familia todavía]. Pasábamos en barca. Mi hermano, el que murió en Madrid, como sabía mucho, era el que iba a llevar los papeles. Los salvaconductos los llevaba preparados pero luego tenía que entregar papeles, en el puesto de los carabineros, para que pudiéramos pasar para allá. Los guardiñas, luego, si querían nos dejaban y si no querían no nos dejaban pasar. Como nos dijeron un día: “que quien nos había dado permiso para pasar para allá que nos diera permiso para traernos para acá otra vez”. Ese fue el cabo de los guardiñas. Menos mal que luego ya, el tío se marchó para abajo del caserío y un guardiña que había allí, el segundo cabo, nos dejó pasar. Íbamos andando hasta Barrancos. Hay un buen tirón.

Aquello estaba muy vigilado. Allí contrabando no había. El contrabando [pasaba] por aquí, por el lado de Ferrerías, eso sí. Allí también vivía yo en un chozo, en Ferrerías. En el Formiguero tenían un gran cortijo. Allí estaba el padre de la Aurora, abajo, en una huerta; era el hortelano. El iba y venía, si no venía se quedaba arriba, en el cortijo. Ahí estuve dos años hasta que me vine para La Pedrera. Ya llevo aquí cuarenta y tantos o cincuenta años. Venían los hombres a vender café. El Sr. Juan venía muy a menudo, era muy conocido aquí. Y estaba un tal Chisco, que se iba de la lengua. Ese alcahuetaba<sup>16</sup> de los contrabandistas que pasaban. Era portugués. Mandaba a los otros, y luego, los carabineros estaban pendientes por donde pasaban [los contrabandistas] porque él se lo decía. Les atrapaban y las cargas de café volaban. Y menos mal que a algunos no les hacían nada, no les llevaban preso. Esa era la maldad que tenía el Chisco. Era una maldad.

Y ya no quiero decir nada más. Son recuerdos pasados que cuesta decirlos ¡Claro que cuesta!”

#### 4.—Referencias bibliográficas

ARJONA GARRIDO, A. y CHECA OLMOS, J. C. (1998): "Las historias de vida como método de acercamiento a la realidad social". *La Gaceta de Antropología*, 14, texto 14-10.

BERTAUX, D. (1993a): "De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica". En MARINAS, J. M. y C. SANTAMARÍA (comps): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid, Debate, pp. 19-34.

— (1993b): "La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades". En MARINAS, J. M. y C. SANTAMARÍA (comps): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid, Debate, pp. 149-171.

CATANI, M. (1993): "La historia de vida social como intercambio oral ritualizado. En MARINAS, J. M. y C. SANTAMARÍA (comps): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid, Debate, pp. 257-266.

DENZIN, N. K. (1993): "El estudio interaccionista de la organización social: una nota metodológica". En MARINAS, J.M. y C. SANTAMARÍA (comps): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid, Debate, pp. 47-63.

DÍAZ G. VIANA, L. y FERNÁNDEZ MONTES, M. (coords.) (1997): *Entre la palabra y el texto. Problemas en la interpretación de fuentes orales y escritas*. Guipuzcoa, C.I.S. Antropología y Literatura. Sendoa Editorial.

FERRAROTTI, F. (1993): "Sobre la autonomía del método biográfico". En MARINAS, J. M. y C. SANTAMARÍA (comps): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid, Debate, pp. 121-128.

FRASER, R. (1979a): *Recuérdalo tu y recuérdalo a otros*. Barcelona, Grijalbo.

— (1979b): "Reflexiones sobre la historia oral y su metodología en relación con la guerra civil española". En VV.AA.: *Metodología histórica de la guerra civil y la revolución españolas*. 2ª ed. ampliada. Barcelona, Ed. Fontamara.

LISÓN TOLOSANA, C. (coord. y editor). (1998): *Antropología: Horizontes Teóricos*. Granada, Ed. Comares. Serie Cultura y Sociedad.

MARINAS J. M. y C. SANTAMARÍA (comps) (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid, Debate.

MEDINA GARCÍA, E. (2003): *Contrabando en la raya de Portugal*. Cáceres, Institución Cultural el Brocense.

SARABIA, B. y ZARCO, J. (1997): *El método biográfico. El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo. CIS.

THOMPSON, P. (1993). "Historias de vida en el Análisis del Cambio Social". Reproducido

en MARINAS, J.M. y C. SANTAMARÍA (comps): *La historia oral: métodos y experiencias*.  
Madrid, Debate, pp. 65-80.